

Srta. ALICE DAVIS

ESTABA buscando un motivo para cantar el encanto de la mujer americana, esa linda muñeca de carne de rosa que cruza los mares a nado, vuela días enteros pilotando una aeronave, guía a cien millas un coche de carreras, cabalga por las pampas como un gaucho, recorre el mundo a bordo de un palacio flotante, es maestra consumada de tennis, golf y basketball; interpreta las artes con duzura, triunfa en el desenfreno de los bailes modernos estudia y trabaja como un hombre, fuma y vota y se corta los cabellos, y por sí todo esto fuera poco, aún le quedan tiempo, fuerzas y corazón para amar, casarse, divorciarse volver a amar, y repetir la historia.

El motivo para adorar este corazón inmenso y divino, para loar este nervio indomable, para trovar este espíritu noble y fuerte de mujer, me lo dá Miss Alice Davis, la encantadora muñeca de carne de rosa que abre y cierra los ojos en la fastuosa caja de Malacañang.

Suena un día el teléfono:

—A las cuatro en punto de la tarde le espera a usted Miss Davis en el palacio.

—Está bien.

Y media hora después, otra vez el teléfono.

—Perdón; no es a las cuatro; es a las tres en punto de la tarde.

—Está bien.

Cuando llegamos al palacio, todo reposa en él. Unos caballeros nos conducen al salón. De allí pasamos a la biblioteca. Y allí apenas tenemos tiempo de admirar unas bellas orquídeas que llenan una copa cuando suena la voz niña y cantarina de Miss Davis:

—¿Es usted?...

Surge en el vano de la puerta, esbelta, alta, dorada, toda blanca y toda en blanco sonriendo con los labios, con los ojos, con toda el alma a flor de piel. Y en tanto admiramos su sencillez, su elegancia, su belleza coje de sobre una mesa una pitillera de oro, nos ofrece un cigarrillo, coje ella otro...

Y nosotros encendemos.

—¿Míra usted las flores?

—Sí, señorita.

—Son bonitas, ¿verdad?

—Preciosas. ¿Le gustan a usted las flores?

—Es claro, sí, muchísimo; aunque aquí no las



encuentro, no las hay; parece que no es esta la estación de las flores, ¿verdad? La lluvia debe estropearlas...

—Verdad.

Miss Davis cruza una pierna sobre la otra, arroja por sus lindos labios una flor de humo y continúa:

—Lo mismo que las frutas; no veo tantas; no las hay.

—De las que usted ha probado hasta ahora, ¿cuál es la que más le agrada?

—La manga.

—Y de las flores que hasta ahora ha visto, ¿qué flor le gusta más?

—Todas.

—¿Conoce usted la sampaguita?

—No.

La explicamos que es nuestra flor más bonita, más delicada, más aromosa. Que nuestras mujeres se sirven de ellas como de un filtro de amor y las llevan sobre el pecho ensartadas en hilos de abacá donde queda prendido más de un corazón; que perfuman nuestros altares y la cantan nuestros poetas...

Miss Davis va diciendo en tanto...

—¿Qué bonito!... ¡qué bonito!...

—Y el traje de nuestras mujeres, ¿qué le parece a usted?

—Muy atractivo.

—Sinceramente, señorita, ¿le gusta a usted el país?

—Sinceramente, me gusta mucho.

—¿Y nuestra sociedad?

—Correcta, amable, cariñosa.

—¿Ama usted los deportes?

—Mucho. Sobre todo el tennis.

Sonreímos pensando que la que hereda no lo hurta:

—¿Y las ciencias, los estudios?

—También. Ahora estamos aprendiendo el castellano. Yo he terminado la High School. Pero no pude continuar mis estudios porque viajamos. Estuve un año en París. Luego, otros pueblos...

—¿Qué pueblo le pareció mejor?

—Hay muchos pueblos muy bonitos en el mundo.

—¿Se divierte usted mucho aquí?

—Estoy encantada de esta vida.

—Una pregunta indiscreta y última, Miss Davis.

—Diga usted.

—¿No le abruma a usted el peso social que han puesto sobre sus hombros?

—De ninguna manera. Me siento muy feliz. Me gusta el rumor. Amo el movimiento...

Hablemos de otras cosas más, frívolas y bellas. Es la hora en que se teatan los jardines, ronca el Pasig tendido a los pies del palacio como una alfombra y las palabras al herir el silencio de la estancia levantan un polvo de oro, como al volar las mariposas.

Estrechamos en cordial despedida las perfumadas manos de la primera dama americana de Filipinas...

—Good by!

—Good by!

Y salimos del palacio enamorados de ese tipo de mujer bella, franca, dulce, fuerte humilde y moderna, por la carne, sana como las manzanas en oro y rosa, y el alma pura como el nectar que en las rosas titila.

JESÚS BALMORI.

